

CONFERENCIA

del Rector de la Escuela Nacional de Minas, D. Tulio Ospina, en la clausura del año escolar de 1914-1915.

Jóvenes alumnos de la Escuela de Minas:

Bien quisiera yo que la conferencia familiar con que debo cerrar el año escolar de 1914 a 1915 versara sobre algún tema que tuviera para vosotros atractiva novedad y un interés palpitante: y si esto fuera dable daría la preferencia al *porvenir de la carrera de ingeniero en Colombia*, el país más rico en elementos naturales de todo Sudamérica, y que, por circunstancias especiales, apenas empieza ahora a entrar en un período de desenvolvimiento y de progreso.

Bien quisiera poneros de presente la afluencia de capital y de crédito que, pasada la actual guerra europea, habrá de traernos el patriotismo con que hemos implantado la paz en nuestra patria, y la honorabilidad y entereza con que en este conflicto—que desde el punto de vista financiero puede calificarse de mundial,—hemos atendido, a pesar de nuestra pobreza, a todos los compromisos públicos y privados en el extranjero, cuando países ricos y acreditados, como Chile y el Brasil, declararon la moratoria para los pagos privados y suspendieron el servicio de su deuda exterior; y pintaros la ocupación honrosa y lucrativa que hallarán, cuando aquello suceda, y cuando los Estados Unidos reconozcan la indemnización que deben a Colombia por la secesión de Panamá y cuyo pago es ineludible, los expertos ingenieros que se están formando en este plantel, en la construcción de ferrocarriles, en el perfeccionamiento de los puertos, en el montaje en grande escala de las minas, en la creación de nuevas industrias y en el saneamiento y mejoramiento agrícola de nuestros vastos y feracísimos valles.

Fecundo y halagüeño tema sería aquél; pero un deber que, si no se halla escrito en nuestros Estatutos, sí está profundamente grabado en mi mente y en mi corazón, me obliga a volver la vista a los temas morales que año por año he venido desarrollando en ocasiones como la presente. Por éste motivo versará mi conferencia sobre *el carácter que requiere el ingeniero*.

Ni el talento, ni la ilustración ejercen tanta influencia en el éxito que puede alcanzar un hombre en la vida, como la que ejerce el carácter. Tratándose de un estudiante, un carácter entero y recto en general, y adaptado especialmente a la carrera que sigue, es no sólo la llave maestra que le abrirá las puertas de la prosperidad, sino también prenda segura de que la sociedad obtendrá de quien lo posee todas las ventajas que tiene derecho de esperar para indemnizarse de los gastos y sacrificios hechos en su educación.

Para saber qué condiciones de carácter requiere un ingeniero nos bastará analizar las circunstancias en que habrá de encontrarse por razón de su profesión.

En primer lugar, de sus estudios preliminares, de sus informes y de su administración dependerá el buen o mal resultado de las empresas más valiosas del país, ferrocarriles, minas, fábricas, &c. &c., y por lo mismo que tales empresas son las más valiosas, el ingeniero se hallará siempre rodeado de ávidos especuladores, que pretenderán influenciar en provecho propio sus juicios y decisiones, tentándolo con la perspectiva de participar más o menos directamente de los beneficios que sus infidencias habrán de producir. Sólo una honradez innata e inflexible podrá cruzar ilesa por entre tantos abrojos y miserias.

Bien comprende esto el Consejo Directivo de nuestra Escuela, y de aquí la severidad—para algunos exagerada—con que se ha dispuesto a castigar lo que, en contadísimas ocasiones por fortuna, ha juzgado como un asomo siquiera de indelicadeza.

Mas no bastará ser honrados, inteligentes e ilustrados para satisfacer plenamente vuestra conciencia en el manejo de los grandes intereses que se os habrán de confiar; es preciso consagrar a él todas las condiciones de carácter que aseguran el éxito en los negocios, y cuyo desarrollo tiene una gama tan amplia como las facultades del espíritu humano.

La diligencia, la constancia y la previsión se cuentan en primera línea entre esas condiciones; y—lo digo con pesar—es raro que un hombre las aplique a los negocios ajenos que maneja con la misma intensidad con que suele emplearlas en sus propios negocios.

Es necesario que todos los ingenieros que salgan de la Escuela de Minas acrecienten, si es posible, el honroso precedente que en esta materia han sentido los que en las diversas secciones del país honran hoy nuestro Instituto por su abnegación, su consagración y su diligencia, que son ya proverbiales.

Hace cerca de treinta años, cuando me tocó pronunciar el discurso inaugural de esta Escuela, demostré con datos estadísticos a los primeros alumnos que se matricularon en ella, que en el ejercicio de la minería, aun en Europa, donde la higiene industrial y las leyes protectoras de la vida humana son excepcionalmente favorables, el porcentaje de pérdidas de vidas es mayor, a la larga, que entre los militares, comprendiendo en el cómputo algunas de las guerras más sangrientas del siglo pasado.

Los riesgos a que expone el ejercicio de la profesión, no sólo a los ingenieros de minas sino también a los civiles, son aún más notorios entre nosotros; y si recorréis las listas de nuestros antiguos alumnos os sorprenderéis al ver cuántos se encuentran hoy baldados o lisiados, y cuántos han perecido en la flor de la edad, víctimas de accidentes ferroviarios y mineros, de fiebres malignas y perniciosas, de mordeduras de reptiles venenosos, y más que todo, del agotamiento que produce un trabajo intenso en climas deletéreos, bajo condiciones higiénicas detestables, y con una alimentación siempre inadecuada. Y esto no es de extrañar si se considera que nuestros ferrocarriles tienen que seguir forzosamente los valles ardientes y malsanos, y por las condiciones del terreno y lo limitado de los recursos disponibles, son de todos los del mundo los más expuestos a accidentes; que nuestras principales minas se hallan en las regiones más abruptas, enfermizas y desiertas, y en su explotación no pueden tomarse las precauciones que son comunes en países más ricos y adelantados; y que en la industria, aquí como en todo el mundo, es preciso usar máquinas peligrosas y substancias tóxicas o explosivas.

Estas circunstancias exigen de nuestros ingenieros una constitución vigorosa y un carácter intensamente varonil. A lo primero se encaminan, fuera de la utilísimas enseñanza que de ellas se derivan, las numerosas excursiones pedagógi-

cas que llevamos a cabo a pie todos los años. Lo segundo sólo se alcanza por el ejercicio sostenido de la voluntad. Los poltrones, los que con femenil nerviosidad se desconciertan o impacientan por los justos castigos, las amonestaciones y las contrariedades de todo género a que está sujeta la vida estudiantil, jamás serán ingenieros viriles, dignos de llevar en la solapa la pica y el martillo, símbolo de la fuerza, que forman el escudo de nuestra Escuela.

Pero nada relaja la voluntad y amengua la entereza y virilidad como los vicios vulgares que hoy degradan a gran número de jóvenes en nuestra sociedad, y que, felizmente, veo cada día más alejados de este plantel.

No me detendré a analizar los antecedentes y las consecuencias de estos vicios degradantes entre los cuales figuran en primera línea el libertinaje, el juego y la beodez; porque ellos no sólo están condenados aun por la moral menos exigente; no sólo atentan contra nuestra dignidad de hombres y nuestra salud, sino que repugna hasta el mencionarlos, como cosa infecta y asquerosa, a quienquiera que tiene la noción de la caballerosidad, o siquiera vive en un medio culto y educado.

Y mirando las cosas desde un punto de vista esencialmente práctico, y si se quiere egoísta, decidme ¿quién confiará sus intereses, los valiosos intereses que son el objeto de las labores del ingeniero, a un beodo, un libertino o un jugador?

Pero hay un rasgo de carácter que influye más que muchos otros, al parecer más importantes, en el éxito de un ingeniero, y es la disciplina, entendiéndose por tal el hábito así de obedecer como de mandar.

Por la índole especial de su profesión, el ingeniero rarísima vez habrá de trabajar independientemente, y casi siempre formará parte de una complicada organización en que tendrá superiores y subalternos. Como subalterno, es preciso que sepa obedecer, que acepte modestamente el puesto secundario que le corresponda en el mecanismo técnico o administrativo, sin la más leve noción de ajamiento de su dignidad; que en realidad tal ajamiento no existe en este caso, por razones que expuse largamente en otra conferencia.

Como superior, es preciso que sepa mandar con firmeza a la vez que con delicadeza y cortesanía, para lo cual se necesita haber aprendido primero a obedecer.

La verdad de lo que acabo de exponer se manifiesta en el hecho en que, desde que cursan en esta Escuela sabemos los Superiores cuáles de nuestros alumnos habrán de hallar amplio y fácil el camino para su carrera; y cuáles, siempre mal aceptados y siempre descontentos, cambiando frecuentemente de colocación, acabarán por hacerse antipáticos, y aun insoportables para sus compañeros de trabajo, así superiores como subalternos. La mayor parte de los jóvenes salidos de este Instituto que no han hecho una carrera rápida y brillante, lo deben a deficiencias de carácter en esta al parecer insignificante materia.

Y ya que he hablado de la cortesanía con que todos debemos obedecer y mandar, quiero agregar algunas palabras sobre este rasgo, que a muchos suele parecer trivial.

En realidad, la urbanidad, examinada al detal, parece nimia en sus prescripciones, afectada en sus manifestaciones y depresiva en sus exigencias; pero si es verdad que ella está lejos de servir de única norma respecto a las condiciones morales de un individuo, y hay algunos casos en que un hombre de carácter elevado carece de maneras cultas y trato suave y benévolo, puede decirse de un modo bastante general, que la elevación de carácter, la dignidad, la benevolencia, la modestia y el espíritu de sacrificio tienen por exponente la cultura y las buenas maneras.

Tan convencidos estamos de ello los que ejercemos cargo de superiores en esta Escuela, que el trato suave que dispensamos a los alumnos y que puede parecer exagerado y aun inconveniente a quienes conocen el espíritu autoritario de los que desempeñan las mismas funciones en los institutos europeos, tiene por objeto infundir con el ejemplo, a nuestros discípulos, maneras y trato semejantes.

No seré yo quien desconozca que son grandes y numerosas las virtudes que la sociedad exige al ingeniero; y salta a la vista que no es posible que éste halle los medios

de adquirirlas y practicarlas únicamente en el criterio egoísta que de propósito he adoptado en esta conferencia, con el fin de poner de presente vuestro propio interés en conducirnos siempre recta y honradamente.

Y digo que es imposible, porque cuando no se procede bajo la sanción de una moral fundada en miras superhumanas, acaba por imponerse el criterio utilitario en toda su desnudez, y, conforme a éste, hallará muchas veces el ingeniero que bien vale la pena de engañar y ser desleal, dada la remuneración que por ello recibirá; que los inconvenientes que pueda acarrearle la desidia en el cumplimiento de sus deberes, quedan más que pagados con el descanso que ella le proporciona; y que las satisfacciones de la vanidad y de los instintos animales compensan, en agrado, el descrédito que acarrearán.

Sin fe no puede haber virtudes verdaderas, y aunque en este plantel, como en todas las otras Escuelas profesionales que constituyen la Facultad Nacional, no hay enseñanzas ni prácticas colectivas de religión—quizás porque quienes hicieron sus Estatutos juzgaron que hombres ya formados, que cursaron religión durante cinco años en las Escuelas y los Liceos, no necesitan de compulsión para cumplir sus deberes religiosos—yo os encargo muy especialmente que no olvidéis por un instante aquellas lecciones, y, sobre todo, las que recibisteis de las mejores y más amables maestras de virtud y dignidad, de vuestras nobles madres. En esas fuentes inagotables de virtud y rectitud hallaréis los medios suficientes para manteneros a la altura moral que requiere la delicadísima carrera que habéis adoptado.
